

«LAS RAÍCES PROFUNDAS»

«Porque yo esperaba el alba, el alba llegó»

Nsanje, Malaui.

Aquí está —¡míralo!— este sol lánguido y desentendido que se deja la curva de la espalda en sonrojar las panzas bajas de esas nubes ya en jirones. En las copas de los árboles, se entretiene la brisa aún tórrida del día y sacude, como al desgaire, las ramas más enclenques. El zumbido de las chicharras ahoga el rumor de las risas, que se disuelven quedamente en la distancia. Canturrean las últimas alumnas camino de sus chabolas y a Ulemu le hierve la garganta, rota ella de cansancio y enronquecida. Lo violáceo de las ojeras —a esta hora tarda de mayo— la ensoberbece.

—Deberías marcharte tú también, Nzeru —con la voz polvorienta—. Puedo hacer esto sola.

Aquella la observa con ternura y es su semblante apacible lo mismo que un mediodía.

—Deje antes que la ayude con la pizarra. Este trasto pesa cada día más —ha respondido ella sin perder la sonrisa.

—No nos engañemos, cielo, pesa lo mismo que siempre. Lo que pasa es que yo estoy cada vez más vieja...

En el arco pronunciado de esas cejas de Ulemu se intuye, tras una titilación del aire, la pesadumbre, esa carga latosa que le tensa también la boca e incluso hasta la voluntad. A veces, a oscuras, cuando la madrugada la traiciona, se pregunta ella si no habrá un día de fragmentársela.

—Bueno, a fin de cuentas, el resultado es el mismo, ¿no cree? —añade la joven, ufana.

Ulemu la contempla por un instante en su piel de bronce y aventado el pelo fosco. ¡Cuánto ha cambiado y qué poco! Evalúa sus hombros huesudos, la melosidad de los labios ligeramente entreabiertos, esos ojos impetuosos lo mismo que dos brasas. Bajo el ocaso en ciernes, la admira.

—Eres una buena chica, cariño. —Y asiente para sí, convencida—. Menos mal que te tengo a ti para ayudarme.

Nzeru tiembla. Atalaya las montañas azuleadas en la distancia y ese brochazo pardusco que se arroja a entortar los cielos. Algo, tal que la cortadura antigua que no se restaña, le palpita a ella en el alma.

—Soy yo quien debe darle las gracias, *Mayi* —susurra, y baja los párpados después—. Por muchas cosas, en realidad. Por todo...

¿Y por qué será que en dos miradas ajenas riel a una misma verdad compartida? Se incendia, sin remedio alguno, la tarde indecible sobre Nsanje.

—Guardemos esta pizarra antes de que se nos caiga la noche encima —propone la maestra—, que todavía me espera un buen paseo de regreso a casa.

Porque quizá haya secuestrado el tiempo parte de esta viveza un día indómita de Ulemu o, tal vez, de tanto emplearlo, se le haya agotado a ella el aliento. ¿Quién puede determinarlo? Con cada hoja arrancada del calendario, mayor es el peso sobre sus espaldas ya corvas, y así se le comba el cuello antes erguido, así se le agrisa la templanza. ¿Cuántos años han pasado desde que llegara a este páramo desalmado con un furor en el estómago y la voz rauda? ¿Ocho, acaso diez? Con qué aridez le ha cuarteado la cara ese viento arisco y qué empecinados los suelos de mal huella en quebrarle los tobillos de una vez, ¡qué aborrecidos! Pero son sus heridas como una medalla de guerra que uno porta para que la bruña el candil y se envanezca su orfebrería exquisita. Se esmera la vida en derrotarla, sí, pero, aun esforzándose —empeñándose ciegamente—, no la derrota.

Aquella mañana ya pretérita de 1984 —la recuerda ahora y todavía se estremece— en la que Nzeru no acudiera, por primera vez, a sus clases en la escuela, comprendió la mujer que había llegado el momento. Como con tantas otras niñas no muy distintas de Nzeru, acaso más altas, más escuálidas, por ventura menos despiertas, habían cercenado otros —hombres siempre tajantes— la prebenda azarosa de su educación. ¡Qué inútil y qué innecesaria!, aseveraban ellos con fiereza. A

partir de ese día aciago, habría ella de hundir las manos en los lodos plácidos de la ignorancia, esa boca siempre hambrienta que señala con su tarascada los baldíos de Malaui. Pero un murmullo en el estómago le atronó a Ulemu al igual que una borrasca en las lontananzas y, en un arrebato insólito, resolvió la maestra que no lo iba a consentir. No con Nzeru. Con ella —¡así la escaldaran!—, no.

Así, a través del arte de la habladuría, localizó la aldea en la que se agostaba la pequeña junto al cauce seco de un río. Recorrió áreas yermas, amarillecidas por el otoño, y poblados ruinosos sin un nombre que los distinguiera, hasta que por fin encontró la vereda que conducía a su calle única. Cuando cruzó el linde marcado por una piedra, la escudriñaron extraños sombríos de barbas ralas, recelosos de su andar ligero y de su acento norteño. Con un parpadeo cansino desde las esquinas, la repudiaban. «¿Podrían ayudarme? Estoy buscando a una niña», pero ellos apartaban la cara, indignados, y fingían no escucharla. Todavía más terca, anduvo en sus sandalias de esparto hasta ubicar la barraca lamentable en la que malvivía la familia de Nzeru, y se topó allí con una figura torva que la escrutaba desde el quicio de la puerta.

—¿Quién es usted? —espetó él con la voz ingrata y una cicatriz que le bordeaba el mentón.

—Soy Ulemu Laurent, la maestra de Nzeru.

—¿Qué quiere?

—Saber si está bien —sin un pestañeo—. Hace tres días que no viene a clase y, en todos estos años, no había faltado jamás. Quiero saber qué le ocurre.

Él calló. Desde esos pómulos arrasados por el sol, la inspeccionaba y atendía sin una palabra en la boca. Ella suspiraba.

—Su madre murió la semana pasada, de parto; también el bebé. No era capaz de alumbrar varones. —Y escupió sobre la tierra burda, acaso para recalcarlo—. Así que le toca a Nzeru ocuparse de las vacas y de la casa.

Ulemu se ocultó la turbación por entre los pliegues de la falda. Con la espalda helada, sudaba.

—Pero es fundamental que continúe con su educación —protestó—. Es una niña muy lista, una alumna ejemplar.

—Lo que es fundamental es que ayude a su padre —achicando los ojos—. Ese es su único deber.

—Usted no lo entiende. —Él la miró de hito en hito—. Nzeru le será de mayor utilidad a la comunidad si sigue estudiando. Su inteligencia es verdaderamente excepcional, por eso...

—¿Y a usted qué demonios le importa? —Así la contuvo. Se relamió la maestra los labios y los halló de pronto de una acritud inaguantable—. ¿Cuántos hijos tiene? ¿Uno, dos, o ni siquiera eso?

Ella de repente se abochornaba y era el sonrojo de sus mejillas como el canto de un ave que predice el alba.

—Ya veo. Ahora lo entiendo todo... —le descarnaba el gesto una sonrisa aviesa—. La niña tiene que ocuparse de las vacas cuando yo voy al aserradero. No tiene tiempo para estudiar. —La ojeó con desdén—. Lárguese.

Un golpe de aire le azotó la frente cuando el portón cochambroso chocó contra el quicio de hojalata. Cerró ella los puños, enfurecida. Sin poder evitarlo, temblaba... Abrió la boca para pronunciarse, pero el enojo la enmudecía. Alzó una mano y no supo luego dónde descansarla. Por fin, ya derrotada, tomó ella su rabia y la arrastró hasta el descampado frente a la barraca para que la abrasara allí el sol de África. ¡Que la calcinara a ella también, por inepta y por cobarde! Ya marchaba, cabizbaja, cuando una idea le asordó el pensamiento. «¿Y por qué no?», se espoleó. Trotó luego hasta esa puerta detestable y llamó. Entornándola levemente, el hombre la estudió con una mueca soez en los labios.

—¿Y por las tardes? —preguntó ella, engolándose el tono—. Me ha dicho que tiene que quedarse en casa por la mañana, pero ¿la dejaría ir a clase por la tarde?

—Yo seré un carpintero, pero no me tome por ningún estúpido —le arrojó, malhumorado—.

Todo el mundo sabe que la escuela es por la mañana.

—Pero puedo venir hasta aquí y darle clases por la tarde.

—Yo no tengo dinero.

—No se lo estoy pidiendo —con tono cortante—. Solo quiero que Nzeru continúe con su aprendizaje, nada más.

La mujer sintió como una lluvia malsana la mirada de aquel extraño horadándole el cuerpo, buscando, quizá, en su memoria alguna argucia con la que desorientarla. Retorcía él los dedos y cavilaba. Solo mucho después, habló:

—Tres horas, como máximo, ni una más. —Le fulgía el descontento en las pupilas—. Ahora, váyase de aquí.

Por segunda vez aquella tarde, se cerraba esa puerta delante de su misma cara. Contempló ella nuevamente el dintel de hojalata y la carcoma que agujereaba las paredes y, posándose una mano en el vientre, sonrió. De regreso a casa, recorrió Ulemu las colinas amustiadas sabiéndose, en la hondura de su ser, una mujer victoriosa. En las palmas de las manos escondía ella —¡qué cosa tan extraña!— un perfume triunfante.

Hoy, ya tantos años después, en una aldea deplorable de barro y de mugre, aquí aguarda Nzeru con los dedos dispuestos sobre la pizarra —mohosa aún desde las últimas lluvias— y el rostro tal que una promesa de buenaventura.

—¿Seguro que no quiere que la acompañe hasta la ciudad, *Mayi*? —pregunta amablemente—. Puedo ir con usted y volverme después a casa.

—No te preocupes, hija mía, todavía puedo hacer el camino sin desmayarme —replica risueña—. Además, ya sabes cómo es tu padre con los horarios. Seguro que está ya esperándote.

La joven vacila. «Ya sabes cómo es tu padre...», revolotean las palabras en derredor, y ella se espanta. Se le ensucia por un segundo el rostro límpido, y es igual que ese mediodía sublime al

que un desgarró de nube abotarga y, sin reparo alguno, también destempla. Luego baja los párpados y obedece.

—De acuerdo, *Mayi* —asiente cariacontecida—. Hasta mañana.

Aquella alza una mano callosa a modo de despedida y ya transita las mismas tierras áridas de vuelta a la ciudad, absorta en esa joven afable pero cada vez más delgada. ¡Cómo se le iluminó la cara esa primera tarde al verla llegar con el maletín a cuestas y el pelo revuelto! No podrá nunca olvidarlo. ¡Con qué candor la tomó de los dedos y la abrazó por la cintura! Debajo de un árbol la instruyó después en matemáticas, en historia, en arte, con un suelo arenoso por pizarra y mortificadas ambas por la brisa. Corrigió los errores de sintaxis en *chichewa* y en inglés, nombró los países alrededor, también las cordilleras lejanas. Pronto se sentaron a las afueras de sus casuchas algunas otras niñas para escuchar a la maestra incluso en la distancia. Unos pocos días después, fueron tres las alumnas. Pasadas solo dos semanas, sumaban ya cinco. En apenas unos meses, superaban sus voces agudas la veintena.

Durante las clases, permanecían algunos hombres bajo los quicios de sus puertas con el semblante recio y vigilantes. Tamizaban ellos las palabras en busca de algún desliz, de esa tara insalvable por la que acaso fustigarla, de una ofensa...; pero, a fuerza de costumbre, aburridos, desistieron de su guardia y regresaron, al fin, al interior más fresco de sus casas. El vacío que dejaron en los porches destartados pronto fue ocupado por la figura silente de sus esposas, siempre jóvenes, con frecuencia asustadizas, que se apoyaban en los calcañares a esquilarse una oveja o a amasar pan con los oídos prestos. Así, con el aleteo de las semanas, fue reemplazada la censura inicial por el interés prudente de aquellas mujeres cada vez más curiosas —ya no tan timoratas— y, al caer la noche, tumbadas en sus camastros, soñaban ellas con universos desconocidos, con realidades que trascendían la angostura de sus chamizos, con nombres de otros días... En fin, con la vida allende el erial que las tullía y las diezmaba.

Marcharon entonces apresurados los años como si alguien los estuviera esperando en otra parte. La mente de Nzeru, tal como había predicho la maestra, florecía, se esponjaba, hervía a preguntas y profundizaba en su pensamiento. Una tarde de 1989 —se azuleaba el horizonte por encima de los árboles y los complacía—, abordó Ulemu a la joven cuando las demás ya habían partido y le dijo:

—Cielo, puede que no seas consciente, pero ya sabes muchas cosas, muchas más de las que sabía yo a tu edad. Queda muy poco que pueda ya enseñarte. —Parpadeó con dulzura y sonrió—. Ha llegado la hora de que seas tú la que enseñe a otros.

Nzeru la contempló con una seriedad impropia en el rostro y las manos laxas.

—¿Yo? —boqueaba—. Pero si tengo solo trece años, *Mayi*, ¿cómo iba yo a enseñar a nadie?

—Bueno, podrías ocuparte de las más pequeñas, las menores de siete años. Son demasiadas para mí sola, cielo, y me resulta cada vez más difícil. No sabes cuánto te lo agradecería.

Ella dudó. Miró luego los ojos dulces de Ulemu y se vio a sí misma a su través como ese árbol que acaso flaquea, pero soporta con parquedad el invierno, y quizá se escarche su rama enjuta, pero ya la hoja breve la reverdece. Aspirando el aroma a jabón que le acicalaba el cuello a la maestra, por fin aceptó.

Y el tiempo, él tan enigmático, ha seguido huyendo hacia las cumbres de las montañas, y esas caderas enjutas de Nzeru se contonean ahora generosas, y aquella voz aflautada del pasado se ondea hoy ya más serena. Este julio de 1990 la atestigua en silencio y la halla esplendorosa. Pero, con el transmutar de su cuerpo, le ha medrado una sombra por debajo de la carne y así la porta, ella contumaz, ahormada a sus formas. Quizá por eso la escudriñe Ulemu con la sangre intranquila en las venas. Quizá, justo por eso, la vigile muy de cerca.

—¿Va todo bien, pequeña? —pregunta como distraída.

Ella aparta los ojos y tal vez sea esa su respuesta.

—Sí, *Mayi*, claro —tercia un tiempo después—. Estoy... estoy cansada, solo es eso.

Pero aquella insiste, sin rizar la lengua, y observa atenta esa lindura que le acalora el rostro y la boca que casi se le desborda. Nzeru se ajetrea nerviosa, se adecenta la falda, suspira... Y, al fin, ante el empuje de aquellos dos ojos brunos, tuerce el gesto y capitula. Con un temblor en los dedos, le confiesa:

—Es mi padre, señora... —agachando la cabeza—. A veces, por las noches, cuando mis hermanas duermen, me busca...

Ulemu nada manifiesta. Pestañea con un ramalazo de sol incendiándole la cara y un rumor que le atraviesa, de un lado a otro, el estómago. Se miran, se auscultan, enmudecidas se comprenden. Y, a falta de un verbo ágil con el que agasajarla, envuelve a la joven con su abrazo hondo y así la consuela.

Porque a veces habla la piel lenguas que la lengua —ella, tan torpe— no habla...

Con las cejas rectas prosiguen sus clases a la sombra de los mismos árboles famélicos, pero a la maestra el tiempo y su afán de olvido no la sosiegan. Tras la voluptuosidad de la pubertad, que ya se ausenta, han llegado los quince y, tras ellos, los dieciséis. ¿Cómo es posible que, en un suspiro de la primavera, se le hayan descolgado los dieciocho a esa nube borracha del firmamento? Todavía barbotean sobre las planicies las risas de las niñas cuando ven aparecer a Ulemu en la distancia con su caminar renqueante, y corren en bandadas a sostenerle las manos, a besarle las muñecas, cantando y bailando alrededor. Ahora que participan también las hermanas menores de Nzeru de su escuela improvisada sobre la arena, una desazón acuciante, con un visaje malsano, ha emergido para enlutarte a ella un tanto más el espíritu.

—Mi padre ha vendido la chabola para mudarse a un asentamiento junto al aserradero —explica Nzeru—; ayer mismo me lo dijo. Pero no se preocupe, *Mayi*. Yo seguiré viniendo todas las tardes a dar clase. Saldré un par de horas antes y llegaré a tiempo, descuide.

La mujer suspira, atribulada.

—¿Por qué no te vas de su casa, cielo? —Le acaricia un hombro—. Ya no eres ninguna niña: podrías casarte, formar tu propia familia, tener un lugar que sea tuyo. Y escapar de ese... malnacido.

—Porque mis hermanas tienen nueve y diez años, señora —responde Nzeru con la boca tal que una sutura—. No quiero dejarlas solas con él: me niego a que pasen por lo mismo por lo que he pasado yo.

Y así queda todo dicho.

Mientras transita después camino de su hogar a las afueras de Bangula, con un cielo aterciopelado a su espalda y el ocaso sonrosando las lontananzas, reflexiona Ulemu sobre las piernas cada día más flacas de Nzeru y ese pómulo cortante que despunta sobre el perfil, y le arde al punto el esternón. «¿Qué pasará cuando no pueda ocultarlo?», se plantea y tiembla. «¿Qué ocurrirá si esta aberración que comete su padre tiene una consecuencia?». Porque ha debido ser la bondad esquiva de un creador, esa tan infrecuente en este lado abandonado del mundo, la que ha evitado que, de momento, suceda. Pero ¿quién sabe durante cuánto más lo seguirá evitando? Por las callejas de Malaui no se prodiga —maldita sea— precisamente su misericordia.

Ulemu examina la silueta de su antigua alumna y contiene el aliento, pero se entretiene aquella sobre los páramos con el ombligo atado a la espalda y la mandíbula cada día más abrupta. Pronto esa misma extenuación que magulla el cuerpo de la maestra, lejos ella aún de los sesenta, parece hambrienta de los pechos magros de Nzeru y de esa sombra leve que arrastra apenas por el suelo burdo. Las niñas, sin duda, deben haberse percatado, porque una calma intranquila rodea las clases de repente, tal como si el júbilo frecuente de sus gargantas nuevas pudiera quebrarle algo a la joven por dentro, y debieran, para evitarlo, permanecer ellas en silencio.

—Algo te ocurre, Nzeru —no ha podido reprimir Ulemu al encontrarla demacrada, apoyada una mano en la silla—. Tenemos que llevarte a un médico en la ciudad.

Y entonces la mujer se descompone, no ya por la ojera que le acribilla a Nzeru la cara, sino por ese cansancio con el que, bajando la barbilla, aquella ni siquiera se opone.

Dos días más tarde, el doctor Nyirenda escucha intrigado el relato de sus pesares, y algo en el resplandor de sus pupilas, en la rectitud que le endurece el cuello, le produce a la maestra un escalofrío. «Tiene que descansar y alimentarse», le cuenta luego a la mujer, ellos a solas. «Y le mandaré hoy mismo un análisis de sangre. Mucho me equivocaría si no encontramos ahí el problema». Ahora es la propia Ulemu la que ha de ocupar una butaca porque las piernas, de pronto, no la sostienen. Tal vez el doctor —él, tan avezado— no se equivoque...

Se marchita ya marzo de 1994 cuando, unas semanas después de la visita al médico, se vuelven las clases de Nzeru todavía más taciturnas. Al acabar la jornada, busca la joven a su maestra y, con la grisura del rostro, la convoca. Aquella, nada más verla parpadear, ya se azoga.

—He recogido los resultados esta mañana —confiesa la joven sin ceremonia alguna. Cruza los brazos en torno a ese cuerpo menudo y tiritita—. Es exactamente lo que creía, *Mayi*. Tengo el virus —en su voz de alambre—. Tengo VIH.

Para la mujer, estando el sol en lo alto del mundo, acaba de hacerse la noche muy negra.

—Ha sido tu padre, ¿no es cierto? —pregunta y se retuerce.

—Sí, *Mayi*. Ha tenido que ser él...

¿Quién habría sido, si no? Pero, a pesar de esa costra sobre la piel del desierto, prosiguen las lecciones tal que si nada hubiera ocurrido, como si no llorara una vieja de noche por el infortunio de una niña, como si a una niña no traicionara el alba sabiendo que no podrá hacerse ella vieja. A Nzeru se le escurre la vida por las plantas de los pies y esa silueta suya que recorta el mediodía lo hace cada vez con menor entereza. Una mañana de abril, aupada ella sobre su esqueleto, no ha dispuesto del tesón para mantenerse siquiera derecha. Ya no...

Mucho antes de que comience la escuela en Bangula, cuando todavía no se ha desangrado la aurora, ya recorre Ulemu la distancia hasta la choza de la familia de Nzeru, con el padre ausente.

Allí sostiene la mano de la joven y la distrae con su hablar incesante, con el eco lejano de las risas en otras bocas, con lo mundano y lo frecuente. «Te siguen esperando, cielo», le cuenta e imposta una sonrisa. Pero esa figura yacente merma con el transcurrir de las horas y teme la docente cruzar la puerta un día para encontrar las sábanas sin un cuerpo ya al que acomodarse. Agotado mayo, Nzeru no es sino una carne atada a los huesos y un ronquido obcecado en la garganta. Qué la aferra a la vida, Ulemu no logra vislumbrarlo.

—*Mayi*, hay algo que debo pedirle —le susurra una tarde. Aquella empalidece—. No me queda mucho tiempo aquí; siento que ya llega. Pero no pienso irme dejando a mis hermanas solas con él. No puedo permitírmelo.

—No hables así, pequeña —le aconseja la maestra, acariciándole el dorso de una mano.

—No quiero que pasen por lo que he pasado yo. Cuando no esté, mi padre irá a buscarlas. Todavía no lo ha hecho porque sabe que lo vigilo; a pesar de todo, lo vigilo... Pero cada vez estoy más cansada y no puedo aguantar mucho más. Tiene que sacarlas de aquí.

Con los ojos calmos y la boca quieta, a Ulemu se le esfuma allí mismo el alma.

—Pero, hija mía, no puedo hacer eso. Es el padre de esas niñas, no me las puedo llevar sin más, no... —Suspira—. Lo lamento, pero es imposible.

Nzeru le aprieta con fuerza la mano. Lleva en los ojos desatada la locura.

—Prométame que lo hará, *Mayi*. —No parpadea—. Me estoy muriendo... Prométamelo.

Con una hondura en el pecho, la mujer se muerde los labios y, finalmente, asiente. Y es el claror de la mañana de fuera tal que la rúbrica al final de un acuerdo.

—Lo prometo —dice temblando—. Lo prometo, cielo.

Y tal vez fuera la necesidad intrínseca de esas palabras en esa boca el vínculo único que mantenía el alma de Nzeru unida aún al cadáver templado sobre la cama, porque, tres días después, se alza el alba sobre el trono del mundo y no ríela su rojez —¡qué cosa tan triste!— en los ojos de la muchacha. Ella ahora observa el amanecer desde un lugar diferente...

Junio inunda las campiñas sedientas de Nsanje sin otra apetencia que la de sojuzgarlas. Acaso sea el páramo, que llora en sus riachuelos inmundos; acaso tan solo la primavera.

La primera mañana de escampada, al salir de su barraca, encuentra el padre de Nzeru la puerta flanqueada por la silueta de Ulemu. Allí aguarda, con los ojos contritos y un sobre en las manos.

—¿Qué quiere? —pregunta él, desdeñoso.

—Sé lo que le hizo a Nzeru —con la misma crudeza con la que se descerraja un arma—: ella me lo contó todo. Usted es el responsable de su muerte.

El hombre la contempla con una náusea en la boca del estómago.

—Lárguese de aquí y métase en sus asuntos —le espeta.

—No puede quedarse a cargo de las niñas —niega ella resuelta—. Ni es un buen padre ni es, siquiera, una buena persona.

—¿Y quién es usted para decir eso? ¿Cree que es lo mismo ser maestra que ser madre? Se equivoca... Mis hijas son mías. —Eleva un dedo para amenazarla—. Ahora lárguese de aquí y déjeme en paz.

—No voy a irme de aquí sin esas niñas —alzando la barbilla—. Se lo prometí a Nzeru y pienso cumplir mi palabra.

Él ríe, irónico.

—¿Cree que soy idiota? No va a llevarse a mis hijas.

La mujer le alcanza entonces el sobre que lleva en las manos. Él titubea. Luego de un momento, lo toma con reparo y, sin apartar los ojos de la maestra, lo abre. En su interior encuentra tres documentos. Mira el primero al trasluz y ha de tragar saliva: es un análisis de sangre de Nzeru, frío y tajante, con un escueto signo positivo junto a las siglas «VIH». El segundo contiene una fotografía de carné propia —el mentón lacio cubierto por una barba escasa y los pómulos agrietados

por ese mismo sol que se engríe sobre sus cabezas—. El tercero, en letras de imprenta, presenta una orden de detención firmada por el comisario de Bangula, David Kumwenda. El hombre pestaña.

—¿No le parece increíble que, después de más de veinte años, siga llamándome él *Mayi*? — Aquel frunce el ceño, desconcertado—. Si no me entrega a las niñas, la policía lo detendrá esta misma tarde y ya buscarán un delito por el que culparle. No les costará mucho trabajo...

Ese temblor que lleva él en las puntas de los dedos, ¿es tan solo de rabia o le subyuga también el miedo?

—Usted no quiere a esas niñas —sentencia Ulemu—, no puede querer a nadie. Tenga un poco de dignidad y hágase un lado. Deles, alejándose de ellas, la posibilidad de un mañana mejor. No les arruine a ellas también la vida.

Tras un momento de estupefacción, el hombre tuerce el gesto, alza un puño y escupe, ultrajado, sobre el suelo tosco. Ella no se inmuta. Después se marcha cabizbajo en dirección a la serrería, dejando la puerta de su chabola abierta y a dos niñas durmientes en su interior. Con la espalda tensa, Ulemu guarda la entrada. «¿Es esta una victoria?», se pregunta. Porque se halla de pronto feliz, rota en añicos y sanada a la vez. Una humedad salobre le diamanta levemente las mejillas. «Debe serlo...».

El barro de los caminos pronto se cuarteará con las primeras horas del día y por ellos transitarán de nuevo mujeres fuertes y apesadumbradas, magulladas hasta en el alma, pero a las que la vida no logra vencer. No es quién para vencerlas. Tal vez así haya de ser en esta tierra con el ecuador como techo, donde es la dicha tan escasa que algunas deben sufrir para que otras puedan continuar adelante. Como Nzeru hiciera por sus hermanas. Como hiciera ella misma por la pequeña Nzeru.

Desde detrás de esos cirros, el sol asoma su corona sobre las lejanas montañas y un desvarío de luz le cosquillea a la mujer las mejillas. Suspira... «Tal vez aún quede esperanza en el mundo»,

se consuela. Porque ha llegado el momento —bendito sea— de despertar a esas dos niñas y contarles que, a diferencia de tantas otras, no han perdido ellas el derecho a seguir soñando.

Y puede que, desde el otro lado del tiempo, desde más allá de la ruindad humana y del sufrimiento, sonría un alma sin lastres al fin de puro gozo.

FIN

The Pale Monarch